

SUSAN WIGGS

UNA CASA JUNTO AL LAGO



Si te dejas llevar por tu corazón, siempre sabrás quién eres...

Todos los veranos, Kate Livingston volvía a la casa que su familia tenía junto al lago, un lugar lleno de recuerdos felices donde la vida era sencilla, un lugar donde esperaba que su hijo pudiera liberarse por fin de sus miedos. Pero su sencilla existencia junto al lago se volvió un poco más interesante con la llegada de un nuevo vecino, JD Harris.

Kate sabía muy poco del pasado de JD, pero se sintió atraída por él de inmediato. Así descubrió la pasión más intensa que había sentido jamás.

JD tenía un buen motivo para mostrarse tan misterioso. En un raptó de valentía había evitado una gran tragedia. Y de la noche a la mañana había pasado de ser una persona anónima a convertirse en héroe nacional. Apenas recordaba ya cómo era su vida antes de que la prensa empezara a acosarlo... hasta que escapó a aquel paraje aislado y hermoso.

Fue allí donde Kate Livingston y su hijo le enseñaron de nuevo los placeres sencillos de la vida y le transmitieron la paz que tanto necesitaba y que había creído perdida para siempre. ¿Cuánto tiempo duraría aquella maravillosa tranquilidad antes de que la realidad volviese a irrumpir en sus vidas?

Primera Parte

... como bien saben, el Presidente está deseando visitar a nuestros valientes soldados de Walter Reed el día de Nochebuena. El Presidente tendrá oportunidad de dar las gracias a los miembros de nuestro Ejército que se han esforzado y sacrificado para que el mundo y los Estados Unidos sean lugares más seguros. También hará mención al personal médico de Walter Reed y les dará las gracias por la magnífica labor que llevan a cabo. No obstante, debido a problemas de espacio, habrá una sola cámara y luego los corresponsales podrán asistir...

Oficina de la Secretaría de Prensa de la Casa
Blanca

A todo el mundo le gustan los héroes. La gente hace cola para verlos, los aclama, grita sus nombres. Y años después, contarán cómo estuvieron horas bajo la lluvia solo para poder ver fugazmente a aquel que les enseñó a aguantar un segundo más. Yo creo que todos tenemos un héroe dentro, que nos hace ser honestos, nos da fuerza, nos hace nobles y finalmente, nos permite morir con orgullo, aunque a veces haya que ser firmes y renunciar a lo que más deseamos. Incluso a nuestros sueños.

Spiderman 2

Capítulo 1

Washington, D. C. Nochebuena

La ambulancia que se acercó a la puerta de acceso del Edificio Uno parecía una más. Quizá volvía de una vuelta de rutina o estaba trasladando a un paciente. El vehículo llevaba las autorizaciones habituales para no tener problemas con seguridad y el personal llevaba el uniforme reglamentario, con las tarjetas de identificación colgando del bolsillo de la chaqueta. Incluso el paciente parecía uno más, cubierto con una sábana de hospital, una manta y una máscara de oxígeno.

Normalmente el sargento médico de las Fuerzas Especiales Jordan Donovan Harris no habría reparado en ellos, pero estaba aburrido y se había acercado a la cristalera del Pabellón Shaw, situada sobre el vestíbulo y desde la que se veía la puerta de acceso de las ambulancias y, más allá, el parque Rock Creek y la avenida Georgia. Los árboles desnudos sobre un manto de nieve, como dibujos de tinta negra sobre papel blanco. El tráfico que recorría lentamente las calles que conducían hacia los edificios oficiales de la capital del país. La capa de nieve en polvo recién caída sobre los edificios de ladrillo georgianos del enorme complejo médico le daba un aire atemporal y navideño al Hospital Militar Walter Reed. Solo la actividad que bullía en los accesos del centro médico daba cuenta de que aquel centro era el que más pacientes atendía de todo el Ejército.

A pesar de encontrarse completamente solo, Harris sabía que lo observaban porque allí había más cámaras que en un casino de Las Vegas, pero a él no le importaba. No tenía nada que ocultar.

El aburrimiento era una buena señal para cualquier técnico de urgencias médicas; el que no tuviera trabajo significaba que no había ocurrido nada malo, nadie había sufrido un accidente de circulación, una mala caída, una fiebre incontrolable o el ataque de algún desaprensivo. Por el momento, nadie necesitaba que lo salvaran. Pero, para una persona cuyo trabajo era salvar vidas, eso quería decir que no tenía nada que hacer.

Cambió de postura con una mueca, con aquellos zapatos le dolían los pies. Ese día todo el personal del centro llevaba el uniforme de gala porque el Presidente había acudido a las instalaciones a visitar a los soldados convalecientes y a propagar el espíritu navideño. Como era lógico, solo unos cuantos afortunados lograban ver al comandante en jefe en sus visitas al centro. La ruta que seguía estaba perfectamente orquestada y controlada por los miembros de seguridad y los agentes del Servicio Secreto que lo rodeaban eran como un muro que lo apartaba de la gente corriente.

Por eso Harris se sorprendió tanto al ver a todos aquellos hombres con trajes negros y condecoraciones militares saliendo del ascensor principal. Era muy extraño. Las visitas oficiales solían desarrollarse en el pabellón 57, donde estaban ingresados la mayoría de los veteranos heridos. Sin embargo parecía que ese día la visita iba a incluir aquella unidad, renovada hacía poco gracias a la generosidad de un donante.

Al ver que la comitiva avanzaba por el pasillo que salía del vestíbulo, Harris se cuadró de manera instintiva, aunque sabía que nadie se fijaría en si lo hacía o no. Era difícil perder ciertas costumbres.

Estiró el cuello para intentar ver al líder mundial desde su privilegiada posición, pero solo veía a los acompañantes. Poco después una civil saludó a la comitiva con una amplia sonrisa, cortés y acogedora. Debía de ser la encargada del

recorrido de la visita y parecía estar deseando mostrar todo lo que había para ver.

Harris sabía que aquella mujer se llamaba Darnelle Jefferson y que llevaba trabajando allí un cuarto de siglo porque era algo que repetía a todo aquel que quisiese oírlo. Con solo mirarla, nadie imaginaría lo que sabían bien todos los que trabajaban allí habitualmente. Como el resto del personal civil administrativo, se pasaba el día importunando a todo el mundo y exigiendo todo tipo de papeleo con el que justificar su propia existencia. Sin embargo, parecía una mujer encantadora y eficiente cuya sonrisa se amplió de manera casi imposible cuando ocurrió algo completamente imprevisto. El presidente se separó del grupo y dio un paso al frente para dejarse fotografiar.

La señora Jefferson se colocó al frente de la comitiva y los guio por el pasillo resplandeciente mientras dos cámaras registraban lo ocurrido para los informativos de la noche. El grupo se detuvo en la primera habitación, donde descansaba un soldado recién trasladado de otro centro. Harris pensó que en las fotos y vídeos oficiales, el presidente aparecería con el soldado y su familia en un ambiente íntimo y tranquilo; las imágenes no mostrarían a los miembros del Servicio Secreto que los rodeaban, ni las jirafas con los micrófonos.

Así era el mundo del espectáculo. Harris no comprendía que hubiera gente capaz de soportar toda esa atención pública. Para él sería una tortura que todo el mundo lo observara.

El grupo se puso de nuevo en marcha hacia la sala Talbot, otra de las zonas recién renovadas, en la que se detuvieron para hacer más fotos junto al abeto de más de tres metros de altura que presidía la sala. Harris veía los flashes de las cámaras, pero había perdido de vista al presidente.

Mientras tanto, en otra parte de ese mismo pabellón, el paciente que acababa de llegar en la ambulancia esperaba a que alguien lo atendiera. Los operarios de la ambulancia

estaban rellenoando el informe de admisión y seguramente el personal sanitario estaría haciendo lo mismo que Harris, tomándose un descanso para intentar ver al presidente. Así pues, el paciente estaba solo, sin un amigo ni un familiar que lo acompañara en ese nuevo entorno. Había personas que no tenían absolutamente a nadie. De no ser por Schroeder, Harris habría sido una de esas personas. Sam Schroeder era su mejor amigo desde hacía años, cuando se habían conocido en la provincia de Konar, Afganistán, en medio de la guerra. Sam y su familia eran lo que Harris valoraba más de su vida y para él era más que suficiente.

Bajó las escaleras que conducían al piso inferior con la esperanza de poder mirar a la cara al presidente. No sabía por qué. Quizá porque había estado un año sirviendo a su país y llevaba cuatro años trabajando en aquel hospital, ayudando a que muriera menos gente. Seguro que podía verlo de cerca. Les habían comunicado que al final de la visita habría una recepción para todo el personal, con la actuación musical de los Gatlin Brothers, pero sin duda habría muchísima gente.

Harris se encontró con dos marines vestidos de gala flanqueando la puerta por la que debía pasar, pero les mostró la identificación con aire de profesionalidad y le dejaron pasar de inmediato. Una vez allí, sabía que debía parecer ocupado si no quería que se dieran cuenta de que solo estaba merodeando para ver al presidente, algo que no estaba bien visto.

Harris se detuvo en la sala de admisión en la que esperaba el paciente recién llegado, agarró el informe médico que había en la puerta y fingió estudiarlo.

Oyó los pasos y las voces que se acercaban por el pasillo, era la comitiva presidencial.

—... la nueva unidad cardiotorácica cuenta con equipos de última generación —explicaba la señora Jefferson con grandilocuencia—. En estos momentos, es el primer centro

de atención, investigación y evaluación clínica... —continuó como si estuviera leyendo un guión.

Harris dejó de escuchar. El grupo se acercó un poco más, momento en el que Harris vio por fin la cara del comandante en jefe. Tenía esa expresión de compasión tan típica de él que le había hecho granjearse el cariño del país. El presidente y la administradora se apartaron del grupo. Darnelle Jefferson lo condujo a la sala en la que se encontraba el recién llegado.

«Maldita sea», pensó Harris. Había llegado el momento de desaparecer y tenía que hacerlo lo más rápidamente posible, pero tampoco demasiado rápidamente. Se metió en otra sala, comunicada con las siguientes por unas puertas de vaivén. Había una habitación entre la del paciente y la suya, pero las ventanitas redondas de las puertas le permitían verlo todo de lejos. Miró al paciente, seguro de que lo vería allí, inmóvil, asustado y sin sospechar que el presidente de Estados Unidos se encontraba a solo unos metros de distancia.

Pero no fue eso lo que vio. Para ser un paciente de cardiología, lo cierto era que no estaba en absoluto inmóvil, sino sentado en la camilla y quitándose la máscara.

Harris miró el informe que había agarrado de la puerta. Terence Lee Muldoon, veterano de guerra trasladado desde un hospital del Ejército estadounidense situado en Landstuhl, Alemania. En el informe se decía que tenía veinticinco años... muy joven para tener problemas de corazón.

Harris había visto miles de enfermos cardíacos y todos ellos tenían en común la tez pálida, casi gris, y una evidente fatiga.

Aquel paciente no mostraba ninguno de esos dos síntomas. A pesar de la distancia, Harris tenía la certeza de que su color de piel era perfectamente saludable y no parecía tener ningún problema para moverse.

En ese momento, la comitiva se detuvo en el pasillo y el presidente y la señora Jefferson entraron en la habitación

acristalada de Muldoon, que era demasiado pequeña para que entrara nadie más. Los guardaespaldas se quedaron afuera, pero se asomaban constantemente y no dejaban de hablar por los micrófonos que llevaban ocultos. Dos fotógrafos pegaron sus cámaras contra el cristal para documentar el momento en el que el presidente saludó a Muldoon.

Harris no vio nada sospechoso. En los ojos del impostor no se observaba un brillo maléfico, ni soltó una de esas carcajadas de los malos de las películas. En la realidad lo malos no actuaban así. Todo era bastante... normal.

Tampoco hubo un momento particular en el que Harris decidiera actuar porque esa decisión habría conllevado una reflexión previa y ni Harris ni el presidente tuvieron tiempo para eso. Tras apretar el botón de alarma silenciosa de la radio que llevaba en el hombro, Harris entró a la habitación contigua, la que lo separaba de la de Muldoon. Sabía que las cámaras de seguridad estarían grabándolo todo, pero en la sala siguiente nadie parecía haberlo visto aún.

No gritó, ni hizo ningún movimiento brusco, pues no quería llamar la atención. Tenía que actuar con rapidez, antes de que los vigilantes repararan en él y pensaran que era un loco o, lo que era peor, una amenaza para el presidente.

Todo ocurrió muy rápido, como si fuera algo inevitable. Después, mucho después, Harris vería los vídeos de seguridad, pero no recordaría cómo había sucedido.

Antes de que nadie pudiera responder a la señal de alarma, el paciente retiró la manta que lo cubría y se levantó la bata de hospital, bajo la que apareció un buen cargamento de dinamita que llevaba pegado al cuerpo con cinta aislante.

—Si alguien intenta sacarme de aquí —gritó mirando hacia la cristalera—, exploto como los fuegos del Cuatro de Julio y me llevo la mitad del edificio conmigo —añadió con la mano agarrando el botón que haría explotar la dinamita, dispuesto a detonarla.

El presidente se quedó inmóvil, después de dar un respingo por el susto, Darnelle Jefferson miraba al falso paciente con el horror reflejado en el rostro. Harris observaba la escena, tenía demasiada experiencia como para sentir miedo. Enseguida reconoció el escudo que Muldoon llevaba tatuado en el brazo. El halcón de hierro y la espada del símbolo de una unidad de las Fuerzas Especiales.

Aquel tipo estaba tan entrenado como el propio Harris, estaba preparado para matar y acatar la disciplina, pero se había salido del redil. Él aún no lo había visto, estaba muy ocupado pavoneándose frente al cristal tras el cual le apuntaban media docena de armas.

Harris estudió el chaleco de explosivos que llevaba y se preguntó cómo demonios era posible que los técnicos de la ambulancia no lo hubieran visto. A menos que hubiera otro detonador que él no podía ver, parecía que la única manera de hacer explotar toda aquella dinamita era con aquel interruptor manual.

Fuera de la habitación acristalada, los guardaespaldas y marines habían entrado en acción según el protocolo habitual. Cerrarían el centro a cal y canto, sonarían todas las alarmas del enorme complejo Walter Reed y seguramente ya habría todo un escuadrón rodeando el edificio.

La señora Jefferson emitió un débil sonido que no encajaba con su gran envergadura y se desmayó, cayó al suelo llevándose consigo un monitor de constantes vitales. El ruido que hizo al caer sobresaltó a Muldoon y el susto le hizo soltar el interruptor por un momento.

Darnelle acababa de darle a Harris una oportunidad que no podía desaprovechar. Seguramente sería la única y, si la malgastaba, saltarían todos por los aires como confeti.

Cruzó las puertas de la habitación con la mirada clavada en la mano de Muldoon. Se abalanzó sobre él en un rápido movimiento que había practicado multitud de veces, pero nunca en una situación real.

Muldoon se puso a gritar cuando Harris le retorció la muñeca y cayeron los dos al suelo. Se oyó un ruido que parecía un disparo y luego sintió que algo le golpeaba. ¿Ese hijo de perra había detonado la dinamita?

No, Harris se dio cuenta enseguida de que el impacto había hecho que se apretara el interruptor del detonador, pero los explosivos no habían estallado. Esa era la buena noticia. La mala era que la fallida explosión estaba matándolo. Sintió que las piernas y los brazos se le habían quedado helados, como si algo le hubiese quitado toda la energía. Percibió el movimiento a su alrededor: alguien se interpuso entre el presidente y el peligro y los agentes del Servicio Secreto estaban haciéndose con los mandos de la situación. Se oían alarmas y gritos. El estruendo de una sirena le retumbaba en los oídos y el hedor de los químicos le quemaba la garganta.

Todo se volvió borroso, Harris estaba perdiendo la consciencia mientras la sangre inundaba el suelo, pero aún tuvo tiempo de oír a lo lejos.

—¡Qué nadie se mueva!

Se vio a sí mismo en un charco de sangre mientras todos los interruptores de su sistema iban apagándose como las luces de un teatro tras la última función. Estaba temblando, o quizá era Muldoon, que se movía debajo de él. Pensó que morir así, a los pies del presidente, era una mierda, toda una ofensa para su propio orgullo. Por supuesto que no le importaría después de haber muerto, así que no debería preocuparle. Pero así era.

Harris vio su propia imagen reflejada en la lente de la cámara de seguridad que había instalada en el techo. Se dijo a sí mismo que esas cosas siempre parecían peores de lo que realmente eran. Era lo que solía decirles a sus pacientes.

Mientras una nube de hombres vestidos de negro se llevaban al presidente y al agresor, Harris sentía que algo se le

escapaba de las manos sin que pudiera hacer nada por retenerlo. Tenía frío y todo estaba cada vez más oscuro.

—Abran paso —oyó decir a alguien—. Que alguien atienda a este hombre.

Segunda Parte

La mejor manera de huir de un problema es resolverlo.

Alan Saporta,
músico estadounidense

Capítulo 2

Port Angeles, Washington
Verano.

—Todo el mundo sabe que cualquier mujer soltera con un hijo anda buscando marido —aseguró Mable Claire Newman observando a Kate Livingston como si estuviera desafiándola a que le llevara la contraria.

—Muy graciosa —respondió Kate—. Me lo dices todos los años.

—Porque todos los veranos vuelves aquí todavía soltera.

—A lo mejor me gusta estar soltera.

Mable Claire miró por la ventana de la agencia inmobiliaria, al muchacho que se peleaba con el perro dentro del todoterreno de Kate.

—¿Al menos sales con alguien?

—El problema no es salir, es conseguir que vuelvan a llamarme —admitió Kate con una sonrisa de resignación.

A los hombres solía sorprenderles que tuviera un hijo: había tenido a Aaron con veinte años y siempre había aparentado menos edad de la que tenía en realidad. Después, cuando veían lo travieso que era, normalmente salían corriendo.

—Entonces es que están locos. Lo que ocurre es que aún no has encontrado al hombre adecuado —aseguró Mable Claire con un guiño—. Deberías conocer al hombre que se aloja en casa de los Schroeder.

Kate fingió estremecerse de manera exagerada.

—Me parece que no.

—Espera a verlo y vas a ver como cambias de opinión —abrió un cajón lleno de llaves y sacó la que llevaba el nombre de Kate en el llavero—. No os esperaba hasta mañana.

—Decidimos venir un día antes —se limitó a decir Kate, esperando que no le hiciera más preguntas. Conocía a Mable Claire de toda la vida, pero aún no estaba preparada para hablar de lo ocurrido—. Espero que no haya ningún problema.

—¿Qué problema va a haber por venir un día antes? La casa y el jardín ya están preparados. Pero pensé que aún quedaba una semana de clase —añadió mientras volvía a mirar al hijo de Kate por la ventana.

—No. Desde las tres y media de ayer, cuando sonó el último timbre del colegio, el curso de tercero ya no es más que un mal recuerdo para Aaron —Kate hundió la mano en el bolso en busca de su llavero. Tenía un montón de notas que se escribía a sí misma para acordarse de las cosas porque no se fiaba de su propia memoria. Así tenía la impresión de tener cierto orden y control sobre la situación, aunque en realidad no fuera cierto. Tenía varios proyectos para el verano: arreglar el cuarto de baño, pintar la valla del jardín... Además de recuperar la relación con su hijo y encontrarse a sí misma.

¿Lo había dicho por orden de importancia? Tenía que replantearse sus prioridades.

—¿Estaréis bien? —le preguntó Mable Claire—. ¿Los dos solos en esa casa tan grande?

—Sí, no hay problema —dijo Kate, aunque lo cierto era que le resultaba extraño ser la única de la familia que iba a ocupar la casa del lago aquel verano.

Todos los años, los Livingston hacían una especie de peregrinación a la vieja casa del lago Crescent, pero últimamente todo había cambiado mucho. El hermano de Kate, Phil, su mujer y sus cuatro hijos se habían trasladado a la Costa Este. Su madre, después de cinco años viuda, había